

No sé qué pueda yo decir sobre tus escombros  
que no esté dicho por las alambradas  
que te hacen sangrar por los costados.  
Llena la piel de polvo y de sangre;  
la víspera de la Nochebuena  
se perdieron las cartas que todos los niños  
habían mandado al Niño Dios.  
Solamente los sismógrafos conocen tu intimidad,  
mi linda ciudad, ahora vuelta al polvo,  
pobre cadáver de todos mis amores,  
sin las calles que recorrimos todos los días,  
entre la deliciosa suciedad de tus mercados,  
Central y San Miguel, llenos de buenas gentes  
todo el tiempo.  
No sé qué pueda yo decir  
sí asoman las lágrimas a tus ojos  
y todos te lloramos en los huecos  
donde había una esquina,  
en ese enorme lago de dolores  
con humildes banderas de rojo pidiendo pan  
jugando al aserrín y al aserrán,  
con las bolas de navidad moviéndose sobre los alambres  
y los hermosos anuncios de neón  
que se levantan sobre las piedras.  
SON muchos los epitafios que florecen en la soledad  
de tu corazón herido,  
para que nadie pueda llorar más que nadie,  
cementerio donde no florecen las lilas  
y el ruido de los tractores rompe el silencio  
cuando la dinamita trata de eliminarte la gangrena,  
para que sigamos así, todos, al lado de tu lecho de muerte,  
sin deseo alguno de enterrarte,  
madre de todos los huérfanos,  
que te vistes de luto por la noche,  
mientras nosotros seguimos viviendo a tu lado,  
al lado de tu cadáver insepulto,  
Réquiem a una Ciudad Muerta  
en casas de campaña, bajo los palos,

con casetas hechas de zinc marca terremoto,  
peleándonos sin furia por un paquete de Incaparina,  
y haciendo gestos por reconocer mejor sabor  
en los frijoles negros.

No sé cómo habrá de llenarse el vacío  
que dejaste en los mapas,  
convirtiendo en viejas a todas las geografías  
que hablaban de ti para halagarte,  
y haciendo llorar a los muchachos del Munich,  
que no tendrán donde poner más serenatas.

Managua es mi linda tierra

la novia del Xolotlán

No sé qué hacer a estas horas  
sin poder visitar la Carne Asada  
ni tomarnos en tu honor una media  
servida con chancho en el Guayacán.

HEMOS seguido como las golondrinas todos los alambres  
que te hieren

porque las golondrinas de la Roosevelt se han ido  
a otras ciudades

donde sus vísceras no estaban enfermas como la tuya,  
muchacha bien pintada

que te burlaste de todas las tarjetas de Navidad  
de todas las cartas al Niño Dios

de todos los chompipes que no se murieron  
y que talvez cayeron contigo sobre tus piedras,

bajo el taquezal que se desplomó cansado

o el cemento armado que todavía muestra sus nervios,

y el polvo que se levanta cuando sopla el viento,

al que hieren tus alambres de púas.

HABRÍA de decirte que sé por dónde empezar para quererte  
como hace mucho.

Todos los que decíamos de tí que eras una mugre de ciudad,  
y que ahora te velamos sin abandonarte,  
tenemos derecho a llorar por lo felices que fuimos contigo.  
En la misa de doce de Catedral,  
en el paseo de las cinco de la tarde por la Roosevelt,  
en las tandas del Tropical, tan incómodo y tan lindo,  
en las Piedrecitas o en el Malecón donde sonreía la suerte,  
y el cacao del Paraguas y el Chop Suey del Chinito  
y la carne en baho que vendían frente al Palacio  
y la Cebada donde la Suegra, por donde era el Goyena,  
y la sopa de los lunes donde Toval  
y la comida corriente donde la Crucita  
y los tragos de Cerveza en el Trébol,  
y las mujeres en pelotas en la Cave y el Tropicana  
y los baratillos de Los Gemelos  
y el pleito con el chofer que cobraba más de un peso,  
y las boticas de turno y la 22 24  
y el show de mi mujer todos los sábados  
donde cantaban mis chavalos  
y los vendedores de lotería  
y el muchacho que a las cinco vendía La Prensa  
y el otro que en la madrugada repartía Novedades en una moto . . .  
Todo eso y hasta las ventas de los chinos  
y de los turcos y de los judíos  
y la esquina de los coyotes  
y las tortugas del Parque Central  
y los bazuqueros de La Bolsa  
todo eso y más, en vano debe buscarse en Managua  
porque lo único que queda es el recuerdo.  
Y LA hora que marca un reloj colgado de un alambre  
en la Fábrica Cristal -en la Colón cuando decido que debo guardar el último plano  
que hicieron de tus calles  
como se guarda un retrato de un ser querido  
para recordar las calles que vivimos juntos  
y pedirle a Dios por el eterno descanso

de la Ciudad del Vicio,  
y el barrio de La Balacera  
donde una noche me quedé dormido  
sobre una carga de plátanos.  
Yo te lo aseguro  
no tiene rival  
en la América Central  
NADA de lo que tuvimos en común  
tiene la densidad de lo tangible.  
Habrá que esperar agosto  
para ver si Santo Domingo nos acompaña llorando  
si es que decide bajar de las Sierras  
a conocer su pueblo, donde se perderá  
en los caminos que ahora pasan por encima de las casas,  
que acaba de abrir el tractor  
para que la gente camine  
sosteniéndose apenas sobre sus pies.  
Y no podrá entrar el Santo  
porque todo eso está alambrado  
hasta la Plaza de la República  
y el Estadio donde le ganamos a Cuba  
que ahora nos manda azúcar  
y pone un pequeño hospital para curar nuestras heridas.  
No sé qué habría de decirte  
si no tuviste siquiera suficientes ataúdes  
para llevar a tus muertos a cualquier parte  
talvez por amor -para cubrirlos con tu propia tierra sobre la piel desnuda de muchos...  
Ahora nos protegen frazadas de Holanda,  
techos de los Estados Unidos  
y nos mantiene en pie el enlatado  
que nos manda el mundo en enormes aviones  
que nos visitan por la puerta mayor  
de Las Mercedes, también herida.

Managua Nicaragua

is a beautiful town

todo pasa al olvido y habrá que resignarse a

no poder pelear más con las locatarias del mercado

ni con los buseros de la Calle del Triunfo

porque ahora todos lloramos por tí

y nos dejamos llevar de la mano

por los guarditas de verde olivo,

por los voluntarios de la Cruz Roja

por los boy scouts siempre listos

y por los bomberos que se quedaron sin carros

y por todo lo que ahora quisiéramos

en el más grande cinturón que te haya rodeado nunca,

al lado del mismo lago, el pobre,

lleno de suciedad, y con cabanga, .

de no poder escuchar ni los cohetes de La Caimana

ni los chicheros de Cristo del Rosario

ni las marimbas de arco del Oriental.

Es difícil ahora llorarte plenamente.

Habrà de ser como el golpe que descubrimos al día siguiente

después de una caída.

Cuando tengamos que decir que se acabaron nuestras

direcciones

y que es imposible dar ahora

con nuestras viejas señas:

ni siquiera con las del Arbolito

que se murió mucho antes que vos lo hicieras

ni se podrá decir "de donde era el Balmoral media al Lago"

o donde era San Sebastián,

o Altagracia, porque todo se acabó,

un día antes de la Nochebuena

y toda la ciudad ardió como pólvora

y ningún chavalo tuvo su regalo bajo la almohada,

porque todos durmieron en el suelo,

pidiendo perdón.

Barrio de Pescadores

nido de amores

AHORA no es prohibido estacionarse en ninguna parte

excepto en tu corazón martirizado.

Por entre los alambres hemos de verte

en tu lecho de muerte

mi linda ciudad, sin que pueda encontrar

un sólo buzón para mandarte una carta de amor

o un chelinero para que hagamos una cita

en la calle que prefieras,

en la Bolívar o en el Plaza,

donde la muerte cortó mil flores

o propiamente donde era el Calasanz,

frente al poste de luz

o por el Triángulo, o donde Montoyita,

que señalaba a la ciudad desahuciada

y que era la periferia de los taxis.

TODO será recuerdo mientras viva

y más de una generación te sembrará de flores,

porque debes estar segura

que estaremos a tu lado,

plantados como los árboles que respetó el terremoto,

haciendo colas para comer

ya sin hambre

por la Calle Colón,

por la Calle 15

que ahora recorreremos descalzos;

por la Roosevelt que era de los bancos

y el Mercado de las boticas

y tú misma, larga bien larga,

llena de zapateros

y la de las ferreterías

donde los clavos se carbonizaron

y donde asoman las manchas que no borró

la formalina

o en Acahualinca y la Quinta Nina orgullosamente en pie,

y los paracaidistas protegidos de Dios,

como si nada, con sus techos de latas de avena  
y sus carretones para llevar el agua  
con un trapo encima,  
que ahora también se moja con lágrimas.  
Todas las tardes convergen a la tristeza  
en una ciudad sin bocacalles.  
Hemos bautizado la desgracia  
como áreas verdes  
y nos escondemos todos como damnificados  
cuando se pide limosna entre ruinas,  
viejas tejas de barro que serán desterradas  
y miles de monedas tiradas en las calles,  
o en bóvedas que no han sido rescatadas,  
porque como dice mi mujer  
se ha perdido la fe en casi todo  
y el amor a lo material.  
Es hermoso recorrer lo que fue un día  
la alegre ciudad llena de trópico,  
donde ahora el sol hierve entre escombros.  
Pero nos hemos convencido de que nada vale  
y como cree Ella, ya no vale la pena arriesgar  
nada.  
EN el final de la calle solitaria  
sólo un hombre y un perro -íngrimos- encuentran un pequeño tesoro en la basura  
y en carretones de mano,  
donde el urbanismo ya no legisla  
se llevan el zinc, los medidores,  
silletas medio rotas,  
viejos roperos aún con retratos  
de santos  
pegados a las puertas  
y piezas enteras de tela a medio quemar,  
papel mojado, tarros vacíos de leche importada,  
pedazos de tubo, pernos, bujías de Navidad  
que acarició el bamboleo,

máquinas de coser, con un delantal a medio hacer,  
televisores, aires acondicionados,  
viejos inodoros que  
se muestran sin paredes,  
con el pudor perdido por el sismo,  
todo marca terremoto.

Y HEMOS de recorrer las calles en silencio,  
donde ya no vive nadie, sino rótulos  
que se mueven,  
puertas detenidas por una bisagra,  
y la casa donde encontraron a un hombre,  
con su mujer, desnudos,  
cogidos de la mano  
para que nadie los separara nunca,  
en una hermosa escena de amor  
contra la que no pudo la furia.

VIVAMOS todos el tiempo necesario  
para hacer inventario de los males.  
Sigamos el camino que abrieron los bulldozers,  
y el pozo interminable  
que se llenó con carne y hueso:  
muertos sin nombre  
y casi sin lágrimas,  
porque nadie lloró en este terremoto  
porque era tan grande el dolor  
que no valía la pena una lágrima.

POBRE ciudad sin presos, sin ladrones,  
sin cárcel.

POR la misma vieja calle  
que conocimos,  
sigue la ortografía jugando  
en los rótulos que fabricaba  
la sencillez de barrio.

Y la ciudad caída debe recordarse



por la demanda de todo, mientras en una  
esquina se lee  
a 200 metros hay gente con hambre,  
o en el Barrio Rigüero  
donde piden agua  
y en Acahualinca donde como de costumbre,  
no hay tampoco ni pan ni agua;  
pero estos estaban acostumbrados a no comer  
y el terremoto  
únicamente sirvió para confirmar  
su condición de damnificados  
profesionales  
y la ciudad sigue sola, sin un solo sacerdote,  
sin el pastor que todos querrían haber visto  
a su lado,  
reconfortando  
porque todos se fueron al mar  
y todavía no han dicho una misa  
por los muertos,  
ni por los vivos que son los que necesitan  
pedir a Dios,  
y los marines nos dan agua  
y nos señalan la vía correcta  
en unas calles con excesivo tránsito,  
mientras Managua que lo fué todo  
para nosotros,  
es solo una tinaja de barro  
con un agujero  
y todo se le sale  
por el mismo agujero  
que derrama las lágrimas.  
ERA Managua así,  
Se Cose,  
Se Borda,  
Se Plisa,  
Se Forran Botones y Hebillas  
Se Vende Ropa Hecha,

SNEM 1972

Nacatamales Sábado y Domingo,  
Se Necesita de Adentro,  
Se ponen Inyecciones,  
Se Vulcaniza Día y Noche,  
Se Alquila,  
Se Vende Lotería,  
Se presta dinero con hipoteca,  
Artículo 4 Garaje,  
Prohibido Botar Basura,  
SE aceptan Comensales,  
y ahora sólo queda en pie  
el nombre de la ciudad  
donde se lee -pura mentira Poblado próximo  
Managua,  
418 mil habitantes  
y nada que justifique  
los rótulos de carretera  
y aún de calles y avenidas  
que llevaba como remiendos en sus  
espaldas  
la gran ciudad.  
¡LAS campanas no han doblado aún!  
Todos los campanarios se llenan de murciélagos,  
reyes de la noche  
de una ciudad insomne,  
disuelta en el sudor que corre  
ahora a cántaros.  
Y la cruz de Santo Domingo se  
burla de la gravedad,  
y El Redentor se parte en tres pedazos,  
y nuestro Cristo de Santa Clara,  
a la puerta misma de la Iglesia  
llora en su mutilada soledad  
y el reloj de Catedral

que estrenaba la ciudad  
sigue parado  
y sólo los bancos abrieron al día siguiente  
y las gasolineras  
-ESTAMOS OPERANDO! -  
porque el culto se paralizaba  
pero no las libretas de cheques,  
ni los buses, ni las ambulancias,  
ni los bomberos que no tenían  
agua para apagar su sed  
y sí para llorar su derrota  
frente a las llamas  
que limpiaron la ciudad indefensa  
llena de sirenas mudas.  
Nos quedamos dormidos  
y se teme la llegada de la noche  
con el paso del terror  
a cada instante.  
Nadie habla de su tragedia.  
TODO luce pequeño  
al lado de la ciudad agangrenada  
y ninguna muerte mueve al llanto;  
muertes que se llevan con números,  
en una contabilidad  
que sirve a la estadística únicamente.  
Nadie viste de luto  
porque lleva el dolor fuera de la piel...!  
y los niños muertos  
y los ancianos muertos  
y los viudos y viudas  
y los huérfanos,  
tampoco lloran,  
porque se quemó la casa,  
y se ponen telegramas  
diciendo que están todos bien,  
que sólo se cayó la casa  
y que muchos se perdieron en la noche

y no se volverá a saber de ellos,  
y muchos mutilados  
o en sillas de ruedas,  
en cuartos de hospitales de lona militar,  
y todos haciendo colas hasta para enterrar  
a sus muertos.  
y los vivos también para morir de sed  
y el pánico como moneda de  
curso legal  
y todo en el suelo,  
excepto la moral y la esperanza,  
porque en el Año de la Reconstrucción  
los hombres y mujeres de Managua  
no harán caso de su tragedia personal,  
porque saben de sobra  
que más se perdió en el terremoto...!  
No sé qué habría de decirte  
mi pequeña ciudad,  
sino hablarte de nuestro insomnio a la orilla  
de tus despojos  
para que sepas que no te hemos abandonado,  
aunque tiemblen los techos de tus pocas casas.  
Que nos alienta la esperanza de vivir  
para verte de nuevo levantada,  
y volver a meternos contra la vía  
en cualquiera de tus calles,  
que de pronto se nos han perdido  
y tratamos de recordar  
pero todos tus rótulos están en el suelo  
y las señales de tráfico parecen cruces  
con todas las esquinas en alerta,  
con los semáforos a media asta  
con todo cerrado,  
excepto los labios para el dolor  
con tus vísceras abiertas,  
mostrando tus intimidades...

Ahora es posible penetrar a todos  
los aposentos de tus casas  
y llorar sin escondernos  
en lo que hemos llamado Año de la Reconstrucción  
tú resucitarás de entre las piedras  
para que volvamos a poner orgullosamente  
Managua, Distrito Nacional,  
en cada carta que te escribamos  
y vuelvan los relojes a andar  
ahora que están parados de cansancio  
y recibamos un año nuevo con menos dolor que ahora  
y podamos tirar cohetes de La Caimana  
y se pueda de nuevo probar el gallo pinto  
que vendían por la Colonia Dambach  
o los fritos del Luciérnaga.

-.

HARÍA cualquier cosa, mi amor,  
por dormirme en el atrio de Catedral  
aunque me llevara el Nissan al Hormiguero,  
y me pusieran treinta días de obras públicas.  
Pero eso será imposible  
y nos duele  
contar las piedras del Hormiguero  
sobre la calle,  
la misma donde flotaban  
cartuchos de papel pidiendo monedas.  
CUANDO todo haya pasado  
-que después de tu muerte viene el silencio habremos de ser nosotros  
los que temblaremos de amor,  
y silbaremos la Mora limpia con lágrimas en los ojos,  
porque con esas mismas piedras  
habremos de levantarte de nuevo,  
que no en vano  
ahora caminas con muletas.

ABRE tu corazón  
que a ti convergen todos los desvelos  
para que se ponga de nuevo a la entrada de la ciudad  
un nuevo rótulo que ubique tu población  
y tu esperanza.  
Que entonces, de rodillas sobre la grama  
sembrada en seiscientas manzanas,  
en el centro de tu corazón verde tierno,  
podrá verte el horizonte sin recelos  
y caerán las alambradas  
para que podamos recorrer tu cuerpo,  
acariciándote  
besando cada pulgada  
hasta llegar al rótulo donde habremos de leer  
AQUI FUE MANAGUA